

IVO FERREIRA BUENO

Barsabás Ríos



I

Aclaro que nadie me ha solicitado el acto de inmodestia que cometo al distraer vuestra atención. Quizás se trate de devaneos de senectud propios de mi condición, pero fui yo quien quiso y pidió hacer esto. Acontece que soy, tal vez, el único sobreviviente activo de los colegas de Flores, Florida, Durazno y Tacuarembó, que, hace cuarenta años, fundamos la Sociedad Médico – Quirúrgica del Centro de la República, integrada luego con Rivera y Canelones.

Abente Haedo propuso, cierta vez, que en oportunidad de nuestras reuniones se homenajeara a personalidades vivientes o fallecidas que hubieren honrado a la medicina nacional. Así se hizo algunas veces pero, las más, se dejó de hacer. Recojo aquella noble idea del doctor Abente Haedo, el grande e ilustre ciudadano de dos patrias, Paraguay y Uruguay, de cuya amistad tutelar fui beneficiario en plena selva americana, para reverenciar a quien fuera por casi medio siglo el decano de los médicos de Tacuarembó, doctor Ivo Ferreira.

Cuadra, en efecto, muy bien a la figura de Ivo Ferreira la condicionante de personalidad honorable de la medicina uruguaya, que Abente ponía para merecer el homenaje de la Sociedad Médico – Quirúrgica del Centro de la República.

Hay dos tipos de personalidades médicas. Una, el alto docente científico, el excelso profesor, el maestro de fama; lo que se llama eminencia médica y a menudo alcanza nombradía internacional. Otra, más modesta, la constituye el médico familiar, buen vecino, que comprende, siente y comparte tanto los avatares de salud como las peripecias del vivir de sus semejantes, y actúa integrado de alma al social acontecer. Es el médico que sirve su medicina al mismo tiempo que sirve su amistad. Y en ese oficio como en todos los oficios también se puede ser grande. Y por cierto Ivo lo fue. Grande, humilde y serenamente grande. Como lo fueron Guglielmetti en Florida y Penza en Durazno. Le veíamos hasta hace poco a Ivo guiando su coche por el medio de la calzada, despacio y recto, sin desviarse, desatento al reclamo de paso de los conductores urgidos. Es que ésa era su filosofía vital; así andaba él. Se trazó una línea neta, definida, y por ella discurrió sordo a los claxonazos de la impaciencia, la novelería y el apresuramiento. Parsimonioso y seguro de sí mismo, así anduvo y así enseñó a andar a los suyos. Tres de sus hijos se hicieron médicos, muy distinguidos en sus respectivas especialidades, al igual que varios sobrinos suyos, y pronto serán médicos sus nietos. No desde luego por imposición familiar, sino por fuerte y hereditaria vocación favorecida por el natural influjo del empeño paterno, en una casa donde el cariño por la medicina se tornó culto entrañable y norma moral. Integrando el acervo científico de nuestra institución dejó Ivo Ferreira valiosos trabajos, frutos de su experiencia y lúcido sentido clínico pero, mejor que eso, dejó en sus hijos su propio y excelente material humano, que proveerá salud a Tacuarembó, mientras Tacuarembó sea.

Desde el último congreso de Tacuarembó, han fallecido cuatro colegas fundadores de la Sociedad Médico-Quirúrgica del Centro de la República, los doctores Abente Haedo, Ivo Ferreira, Eduardo Calleri y Valerio López. Se fueron viejos, cumplida ya la gran faena, y colmados por el afecto y el reconocimiento de sus pueblos respectivos, que le tributaron en vida sendos y cálidos homenajes. Vivieron con dignidad y gracia larga vida médica y se fueron en paz. No es ésta razón para llorarles. Pero eran algo nuestro, quizás lo mejor de nosotros. Fundaron y honraron nuestra institución científica con relevantes aportaciones y nos prodigaron fraterna amistad a lo largo de cuarenta años. Yo, tan viejo como ellos pero todavía presente, pido a ustedes ponerse de pie por un momento en recuerdo y homenaje de estos buenos compañeros idos.

II

Vamos a referir ahora acontecimientos de la medicina comarcana de fin de siglo.¹ Tacuarembó tiene, en efecto, un interesante pasado médico. El doctor Pugnolini, que desde la Facultad de Medicina de Montevideo formara a los primeros cirujanos uruguayos, ejerció aquí en la década del sesenta, y haciendo a la vez periodismo,

¹ Se refiere el autor al fin del siglo XIX.

fundó “La Estrella del Norte”, uno de los primeros periódicos editados en la villa. De gallarda estampa, tanto lucía el atuendo propio de un elegante caballero como un clásico atavío gauchesco. Así se muestra en fotografía de la época, tomando el cimarrón cebado por un partido que se ve a su lado, provisto de la consiguiente pava.

A su fama profesional, sumó el doctor José Pugnolini reputación de filántropo. También ejerció en Tacuarembó el doctor Francisco Soca, y se dice que unos suculentos honorarios, dirimidos judicialmente, le posibilitaron un viaje de perfeccionamiento a Europa para, de vuelta, radicarse en la metrópoli, donde alcanzara tras brillante carrera científica, docente, intelectual y política, la definitiva nombradía que le consagrara como una de las altas mentalidades nacionales. Sin duda a Pugnolini y a Soca les tocó vivir una de las épocas bonancibles de la medicina comarcana. Pero las hubo más azarosas, como lo veremos enseguida.

Cuando, logrado mi título en el año 1926, me radiqué en éste mi pueblo, tuve entre mis primeros clientes una adorable viejecita, matrona fina y culta, llamada Dorotea Díaz de Behety, que pronto me cobró aprecio y me hizo el obsequio más estimable que haya recibido en mi vida profesional: dos tomos de muy prolija encuadernación, compuestos con las ediciones de los años 1887 y 1888 de “*El Comercio*”, periódico que se publicaba en la villa dos veces por semana. De esos viejos folios he obtenido la mayor parte del material que ahora os ofrezco, pero se hace necesario a efectos de ubicar personas y hechos, un somero recuerdo de los acontecimientos históricos de entonces.

Como es sabido, en 1880, al renunciar y alejarse del país Latorre, fue electo presidente para completar los tres años de mandato gubernativo que restaban, el doctor Francisco Antonio Vidal, buen médico y gobernante tan malo como reiterado, obsecuente comodín de dictadores, que en cinco ocasiones ocupara la presidencia de la república. Durante su gobierno se incrementó el militarismo, siendo su primer cuidado nombrar ministro de Guerra y Marina al comandante Máximo Santos, que fuera brazo derecho de Latorre, y que detrás de Vidal era el mandamás efectivo. A los dos años renunció Vidal, y fue electo presidente constitucional por la Asamblea General, Máximo Santos a la sazón general, el 1° de marzo de 1882, por un período de cuatro años. Cesó su primer y deplorable gobierno en 1886 y, el 1° de marzo, hizo elegir para sustituirlo al consabido doctor Vidal quien, revolución del Quebracho mediante, renunció antes de los tres meses, el 24 de mayo, a su 5° y último mandato, dando lugar a que el general Máximo Santos accediera otra vez al gobierno, desde una presidencia del senado arteramente amañada, desestimando la Constitución.

El 17 de agosto del mismo año 1886, recibe Santos en el rostro el balazo del teniente Gregorio Saturnino Ortiz, nieto de Juan Ortiz, uno de los Treinta y Tres, cuyos restos reposan en nuestro cementerio. Renuncia Santos el 18 de noviembre y accede al poder el general Máximo Tajes quien, con el doctor Julio Herrera y Obes como

ministro de Gobierno hizo buena administración restaurando las libertades públicas.

Durante el interinato del doctor Francisco A. Vidal, entre otros desdichados sucesos ocasionados por el desborde del poder militar, aconteció la desaparición del súbdito español Manuel Sánchez Caballero, en nuestra villa de San Fructuoso.

Sánchez Caballero era un joven periodista, buen mozo, gallardo, de vasta cultura, exquisito trato y temperamento fogoso, según lo pinta el historiador compueblano Ramón P. González. Desempeñaba a la sazón la jefatura política del departamento don Manuel Suárez, que tenía una bellísima esposa. Y, a estarse a la versión romántica del citado autor local, el galán castellano, sensible a los encantos de la señora del jefe, le habría dedicado al paso un piropo, tal vez demasiado entusiasta. El caso fue que horas después Sánchez Caballero era conducido a la jefatura, desapareciendo luego misteriosamente. En vano sus connacionales, la legación española y el vecindario hicieron diligencias de todo orden para descubrirle vivo o muerto. Jamás se supo de él. Su novia, bella y apreciadísima niña de Tacuarembó, se retrajo inconsolable y murió meses después.

El jefe político Manuel Suárez fue destituido y designado en su lugar el coronel Carlos Escayola, figura clave de los hechos que vamos a relatar.

Carlos Escayola fue un personaje pintoresco. Contando con el respaldo incondicional de Máximo Santos, ejerció sus funciones que cubrían todos los resortes de la gestión oficial, a la manera de un gobernador delegado, con autoridad militar y prepotencia dictatorial.

Hizo considerable fortuna y poseyó una estancia grande, levando una existencia rumbosa y de placer. Su gusto por el teatro y las artistas le distinguió. Se le atribuye la paternidad de Carlos Gardel.

Ilustrando esta afición suya, decía *“La Razón”* de Montevideo en setiembre de 1888: “Está visto que mientras tengamos compañía de teatro, el imponderable Carlos Escayola será nuestro huésped. Primero vino para deleitarse con la Patti, y no se ha movido de aquí ni a cañón. Poco importan las inundaciones en Paso de los Toros; le ocupan las zarzuelas del [Teatro] Cibils. Se fue la Patti, siguió Stagno, etcétera y ahora viene Coquelin. ¿Cómo es posible que se marche Escayola a su departamento?”

Inició una colecta pública muy cuestionada, para construir un teatro en la villa, que al fin edificó al parecer con sus propios recursos. Con el nombre de Teatro Escayola, fue por mucho tiempo orgullo de Tacuarembó. Actuaron en él las grandes compañías dramáticas, de zarzuelas, de revistas y aún de ópera llegadas al país, y eximios concertistas internacionales. Se distinguía por su arquitectura, ahora mancillada, su mobiliario y su excelente acústica.

Casó Escayola sucesivamente con tres hermanas Oliva, y su panteón familiar, construido en 1887 y lujo del cementerio local, muestra notables bustos en mármol de dos de ellas, realizados en Italia.

III

Instalado el gobierno de Tajés y restituida la libertad de prensa, fue preocupación primordial de la ciudadanía aprovechar la coyuntura para intentar liberarse de los opresores santistas, ubicados en las jefaturas del interior.

El instrumento para esa lucha sería necesariamente el periodismo. Y no se perdió tiempo. Así, en enero de 1887 apareció en Tacuarembó *“El Comercio”*, periódico al que ya hicimos referencia, independiente, fundado por ciudadanos nacionalistas y constitucionalistas, y respaldado por los principales vecinos en carácter de accionistas. Muy bien escrito, perfectamente armado e impreso, con abundante material de noticias y profusión de avisos, enseguida alcanzó considerable difusión y crédito público. Desde sus primeros números figuran en el indicador profesional, los doctores: Agustín Pérez Iglesias –médico cirujano de la Facultad de Medicina-; Ignacio Gil –médico de la Sociedad de Socorros Mutuos Española y del Hospital de Beneficencia-; Luis Bonasso – médico cirujano – y Dantas Junior – médico cirujano, diplomado por la Facultad de Río de Janeiro.

Con fecha 2 y 5 de marzo aparecen en *“El Comercio”* en columna editorial sendos largos artículos del doctor Dantas Junior sobre: *“Operación de la ránula”* describiendo con gran detalle la afección, los diversos métodos usados para tratarla, crítica de los mismos, el preferido por el autor, refiriendo un caso que tratara últimamente con éxito completo. Y en la edición del 18 de mayo, en la gacetilla informativa pone: *“El doctor Luis Bonasso practicó una operación a una hijita del vecino Santiago Zapata, gravemente atacada de cruz, con éxito, salvando una vida que ya se consideraba perdida”*. Feliz traqueotomía a domicilio hace 85 años. En el mismo número se lee: *“El doctor Pérez Iglesias, partió para campaña solicitado a fin de practicar una delicada operación a una paciente de la frontera, que no se duda tendrá éxito, dada la habilidad demostrada por ese médico en el arte de la cirugía”*. Parece ser que la medicina lugareña andaba todavía por sendas cordiales. Pero ya polemizaban con acritud, *“El Comercio”* que atacaba a Escayola y a su grupo oficialista, y *“El Heraldo”* de reciente aparición para defenderle. El 18 de junio de 1887, *“El Comercio”*, aludiendo a graves epidemias que asolaban a la población, pone lo siguiente:

“Aquí tenemos difteria
Tifus, llagas, sarampión
Viruela, crup y porción
De peste y de miseria,
Y en las ancas o a la cola
De tanta fatalidad

**La mayor calamidad
Que es don Carlos Escayola”.**

A *“El Comercio”* lo redactaban Tancredo Seguí – escribano-; Miguel Sanjurjo – agrimensor-; Luis Seguí – escribano-; y Benigno A. Gaye – procurador-. A *“El Heraldo”* lo dirigían el doctor Ricardo Acosta – abogado- y Juan B. Oliva (hijo), cuñado de Escayola y funcionario administrativo.

Al intensificarse el ataque de la oposición al régimen jefatural, *“El Heraldo”* amparado en la fuerza usó el denuesto y la amenaza contra todo aquel, fuera quien fuera, que enfrentara la autoridad absoluta del jefe político. El doctor Ricardo Acosta, que parece fue un personaje bastante estafalario, se había ganado diversos sobrenombres, entre ellos el de Melollevo, porque solía enamorarse de cuanta chuchería topaba en sus andanzas, y diciendo “a esto me lo llevo” se lo llevaba mismo. Por lo demás en su propio periódico se le tejían toda clase de alabanzas, llamándole a menudo ínclito doctor Acosta. De ahí que la picardía popular, siempre lista a dispararse le dedicara esta copla:

“Quien tiene sebo hace velas
Quien tiene velero moja
Y el ínclito Melollevo
Lleva cuanto se le antoja”.

A su vez el doctor Dantas Junior profirió insultos personales a los redactores de *“El Comercio”*, que contestaron en sueltos despectivos, don Tancredo Seguí y don Miguel Sanjurjo. Y ocurre entonces el grave entredicho protagonizado por colegas nuestros, motivo de esta nota. El doctor Dantas, en publicación firmada ataca con inaudita violencia a los doctores Pérez Iglesias e Ignacio Gil, quienes responden en *“El Comercio”* con gran altura. Dice el doctor Gil: “Debo al público de esta localidad, y nada más que al público, una explicación de la agresión brutal y soez de que he sido objeto, en la solicitada que publica *“El Heraldo”* del 7 del corriente, firmada por el doctor Dantas [...]. Expone a continuación cómo ha actuado durante sus doce años de radicación en la villa, y denuncia oculto tras todo esto a Escayola, acusándole de desleal a una probada amistad y termina así: “He concluido. El público [...] a quien expongo estas consideraciones y que es el mejor juez en esta materia, dará la razón a quien la tenga. Conoce a quienes me insultan y me conoce a mí, y en esta seguridad espero tranquilo su fallo.” San Fructuoso, 9 de julio de 1887.

La reacción popular no se hizo esperar y unos días después se organizó una manifestación integrada por más de doscientos vecinos de la villa, que partió de la “Botica de la Estrella” de Don Muzio S. Marella, dirigiéndose a la casa del doctor Gil, en gesto de desagravio y alta estimación, usando de la palabra en representación del grupo el agrimensor don Luis Sobredo, los escribanos don Franco Segarra y don Tancredo Seguí y el señor Cipriano G. Semería. En el documento hecho público en la ocasión lucen, entre las firmas de muchos vecinos

que gozaran de inmejorable reputación en la comarca, las de Domingo Arena, de don Santos Gómez, de don Juan Gómez, padre de los doctores Eduardo y Luis Gómez, de don Zacarías Roca, padre de los doctores Zacarías y Alberto Roca Estévez, de don Ildefonso Pereda, padre de los doctores Cisneros, Ildefonso Pereda Valdés y de Estela Pereda Valdés de Escuder Núñez y de don Muzio S. Marella, abuelo de nuestro Mucito.

Dantas Junior, que usaba en *“El Heraldó”* entre otros seudónimos el de Dr. Sangredo, aprovechando la circunstancia de que en un acto nacionalista Tancredo Seguí fustigara a los responsables de la hecatombe de Paysandú, procuró malquistar a la población brasileña de la villa que era muy numerosa con *“El Comercio”*, sosteniendo que su director en discurso público había ofendido el honor del Brasil, con lo cual buscaba Dantas magnificar su figura, dando sesgo internacional al diferendo que sostenía con sus colegas médicos y con el periódico independiente. A la vez se intentó soliviantar a los obreros brasileños de la Seguí. Tal propaganda culminó en una manifestación del grupo jefatural y de vecinos brasileños a favor del doctor Dantas, proclamado ilustre adalid del honor de su patria. En seguida publicó Dantas que esa manifestación a su persona era una réplica a la realizada por *“la Colonia Española en apoyo de un connacional, el doctor I. Gil”*.

A continuación respondieron los españoles en *“El Comercio”* del 17 de agosto, aclarando que no integraban una Colonia Española sino una colectividad española y que, como tal, no hicieron ninguna manifestación, participando, eso sí, como toda la población honesta de la villa, en un acto al que concurrieron sobre todo uruguayos, pero además españoles, italianos, franceses y brasileños, blancos y colorados, para expresar su aprecio y reconocimiento al dignísimo facultativo doctor Gil, ante los injustificados ataques y groseros insultos del señor Dantas.

En el mismo número de *“El Comercio”* se revela que el año anterior el doctor Dantas se presentó a examen de reválida en la Facultad de Medicina de Montevideo, obteniendo la calificación de: DESECHADO. El epílogo de estos sucesos fue el descrédito público del doctor Dantas, a quien se dio en aplicarle diversos mote, entre otros el de doctor Ránula, a raíz de aquellos artículos que publicara en tiempos de calma. Circuló entonces la siguiente copla:

“Cierta casi cirujano
En su propia casi clínica
A una niña casi enferma
Casi le operó una angina”.

Cabe pensar, sabiendo que en la ardorosa polémica participaban españoles cultos, que esa copla fue feliz parodia de la sacada en Marbella, pequeña población costera andaluza, donde habitaban unas familias de hidalga prosapia que, muy empobrecidas, añorando la perdida grandeza, organizaban de vez en cuando pretenciosas celebraciones, que los pueblos vecinos pintaron así:

**“En una casi ciudad
unos casi caballeros
Sobre unos casi caballos
Hicieron casi un torneo”.**

IV

La actuación de Escayola y lo que ocurría en Tacuarembó, era motivo de preocupación nacional y la prensa metropolitana se hacía con frecuencia cargo de ello. “*A Patria*”, órgano que aparecía en Montevideo en idioma portugués, reprodujo la versión de “*El Herald*”, según la cual don Tancredo Seguí habría ofendido al Brasil en su discurso del 24 de mayo, referente a la caída de Paysandú, y tomaba partido contra el orador uruguayo, dándole a la cuestión un cariz internacional. Respondió a ello el diario “*La República*”, también de Montevideo, en un editorial titulado “Los sucesos de Tacuarembó”, sosteniendo que lo referente al Brasil era una cosa y otra lo relativo a Dantas Junior. Y agrega: “Dos hechos hay en el suceso de Paysandú que fueron y serán siempre condenados en tanto la humanidad conserve la noción de justicia. Esos hechos son el bombardeo de la plaza y el fusilamiento y mutilación de Leandro Gómez. Si nuestro compatriota el señor Seguí se hubiese circunscrito, como entendemos lo hizo, a condenar esos hechos, aunque por ello haya tenido que expresarse enérgicamente respecto a sus autores, no ha hecho sino defender la causa de la justicia y los principios más nobles de la naturaleza humana”. Más adelante pone “*La República*” : “Los brasileños de Tacuarembó y especialmente ese señor Dantas Junior, han exagerado hiperbólicamente las respectivas posiciones de los contendientes. Dice el señor Dantas en su discurso que tuvo que entrar en una lucha gigantesca contra un enemigo terrible, con riesgo de un conflicto internacional. La lucha gigantesca fue una polémica y el enemigo terrible el perseguido periódico ¡”*El Comercio*” !...Y termina así: “De los hechos que dejamos relacionados, surge una consecuencia clara y evidente y es que el departamento de Tacuarembó se encuentra en una situación anormal, debido a la conducta irregular y arbitraria de sus autoridades. Esto no es una novedad. La prensa sin distinción de colores ha clamado contra ello, hace tiempo. Veremos si después de estos sucesos, persiste el Poder Central en mantener aquella situación.”

Por su parte don Tancredo Seguí dice entre otras cosas, en hoja suelta dirigida “A la población brasileña”, que integraban muchos amigos y clientes suyos: “Lo que dije en una reunión nacionalista fue: que el Partido Colorado se unió a un poder extranjero para bombardear a indefensas ciudades, para asolar a nuestra campaña y para derrocar a un gobierno constituido. Agregué también: que como oriental, pues, condenaba el hecho de la alianza del general Flores con el Imperio del Brasil, hecho que había sido condenado ya por el Partido Conservador brasileño.”

Luego se fue diluyendo el tenso clima que, originado en una querrela entre médicos, amenazó derivar en ingratas consecuencias internacionales.

Sin duda contribuyó a ello la terrible epidemia de viruela que se estaba padeciendo, y que a la vez restituyó a los médicos a sus tareas específicas y provocó un movimiento de solidaridad pública. Así el 2 de setiembre de 1887 se cursaba por el vecindario una nota al presidente general Máximo Tajés, pidiéndole con urgencia fondos para combatir el mal.

Por su parte, la “Comisión Vecinal de Socorros” creada a tales efectos, solicitaba a la “Sociedad de Beneficencia” organizara una colecta popular para un fondo de ayuda a los variolosos. Ésta responde de inmediato y reúne en seguida la suma de \$ 435,23 (casi medio millón de hoy), que entrega a la Comisión de Socorros con la lista de contribuyentes, donde se destacan las donaciones de \$ 4,70 (una libra), algunas de \$ 10, y las de don Carlos Escayola y A. Klinger de \$ 20, c/u, vale decir \$ 20.000 actuales. El presidente de la C. Vecinal de Socorros era don Apolinario Pérez, fundador del primer liceo que tuvo Tacuarembó, y la presidenta de la Comisión de Beneficencia la señora Jacinta Barbat de Beltrán, madre de Washington Beltrán. En “*El Comercio*” del 17 de setiembre de 1887 se lee: Tema del Día. “Durante las 48 horas últimas se han desarrollado tres casos nuevos de viruela y hay dos pacientes más declarados sospechosos. Y ¿cuándo se tomarán medidas, pero medidas enérgicas para combatir el mal? Allá veremos”.

Dedicado a las damas, con la intención de aliviar el regusto amargo que pueda haberles dejado cuanto he referido, terminaré con la breve crónica que hace “*El Comercio*” de una tertuliaailable, celebrada entre jóvenes de la época, al finalizar unos exámenes escolares. Luego de la nómina de damas y caballeros presentes, relata supuestos paliques galantes que se intercambiaban los contertulios y entre otros pone: “D. A. con la elocuencia que le distingue, quería convencer a M. C. que dentro de poco sería un aprovechado farmacéutico y por lo tanto capaz de hacer feliz a una niña; ella que en elocuencia no se queda atrás, le decía que eso era muy problemático y que se conformaba muy gustosa con el que ya tenía su carrera formada”. D. A. era Domingo Arena que, como lo anunciara se recibió de farmacéutico, cumpliendo más tarde una faena política, legislativa y periodística que le consagró figura pública nacional. M. C. era Marianita Catalina, hermana del que fuera gran médico filántropo de Tacuarembó doctor Domingo Catalina, y abuela materna del doctor Muzio y del ingeniero Marzio Marella. El que tenía su carrera formada sería sin duda, don Dictino Martínez, ya por entonces boticario y que efectivamente casó con Mariana Catalina.

Al final del siglo en la década del 90, actuaban ya en Tacuarembó, los nuevos médicos doctores Juega y Seijo, de ventajosa reputación, y el doctor José Adolfo Ferreira, médico filántropo brasileño, emigrado a raíz de la guerra en Río Grande y que cubrió entre nosotros larga y proficua gestión profesional.

Cúmpleme aclarar que, al referirnos a los avatares de una época, en esta comarca mediterránea del país, entonces tan lejana y solitaria, hemos querido ser objetivos, usando datos veraces y comprobables. En ese contexto, lo referente en particular a don Carlos Escayola no supone un juicio personal sobre aquel hombre público; y al efecto quiero se sepa que he luchado mucho, desde hace tiempo, por la oficialización y reconstrucción del teatro que él fundara, tan cargado de historia, devolviéndole en honor suyo, su primitivo nombre de Teatro Escayola.

(“Bonanza y peripecias de la medicina comarcana de fin de siglo. En homenaje a Ivo Ferreira”. [Versión grabada de una conferencia dicha en oportunidad del Congreso Médico celebrado en Tacuarembó, en abril de 1972]. Del libro “Unos Médicos Nuestros”, Biblioteca de Marcha, prólogo de Carlos Martínez Moreno, Montevideo, febrero de 1973, 112 páginas. Páginas 75 – 90).